



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

45 – ¡No hay quien se lo quite de encima!

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 45 – ¡No hay quien se lo quite de encima!



Ibrahim estaba ya a punto de pasar a la acción, cuando la puerta de la habitación se abrió como con un vendaval, y vio aparecer a su primo Saad.

– La paz sea con vosotros –les lanzó.

– Y que también lo sea contigo, con la misericordia de Dios y Su bendición –respondió Ibrahim–. Dime, Saad, ¿todo va bien, si Dios quiere? ¿Qué te trae por aquí?

– Ya ves, pues nada en particular, Panza Búfalo, que he venido a visitarte. Ya sabes cuánto me aburro cuando me quedo solo... Por cierto –prosiguió, acercándose– ¿Qué es lo que estáis comiendo?

– ¿No lo ves?: dulces, golosinas y esas cosas. ¿Quieres probarlos?

– ¡Qué pregunta más tonta! Pues claro que quiero, mi coleguita.

– Toma, coge estos –le dijo Ibrahim tendiéndole un puñado de bombones.

– ¡No! ¡Esos no me gustan! Mejor pásame la bandeja.

Ibrahim, suspirando, se la pasó, y Saad se puso manos a la obra, tragándose las golosinas a puñados, y estrujándolas bien antes de metérselas en la boca.

– ¿Será posible? ¡Pero qué pesado! ¡No hay manera de quitárselo de encima! –maldecía para su colete Ibrahim– En fin, supongo que se quedará un momento y luego se irá.

Pero el inoportuno visitante se apalancó allí, peor que esas monedas falsas de las que uno nunca consigue librarse.

– Esto... Saad, ¿no tienes sueño? –le preguntó Ibrahim ya desesperado.

– Pero bueno, Panza Búfalo, ¡no me digas que a ti te gustaría que yo me fuera a dormir el día de tu boda! –le replicó Saad.

– ¡Que Dios te bendiga, Saad! ¡Que Dios te bendiga! –suspiró el capitán.

En fin, que Saad no se despegó de allí en toda la noche, y cuando amaneció, ambos rezaron juntos la plegaria de la aurora.

– Oye, Saad, ¿no crees que ya es tiempo de que vuelvas a tu puesto junto a Su Majestad el sultán? Se estará preguntando que dónde te habrás metido.

– ¡Tienes razón! ¡Venga, vámonos!

– De acuerdo, ve tú delante, yo te alcanzo en un rato.

– ¡De eso nada! –protestó Saad– O nos vamos los dos juntos, o no nos vamos.

Resignado, Ibrahim acompañó a su primo hasta el pabellón real. El sultán ya estaba sentado en su trono, rodeado de los grandes del reino, de los visires y los *fidauis*. Ibrahim entró, se inclinó ante el rey, que le ordenó que se sentara.

– Ojalá Dios bendiga esta ocasión, Ibrahim –le dijo.

– *Efendem*, ojalá Dios te bendiga toda tu vida –respondió éste, disimulando una sonrisa y guiñándole un ojo señalando a Saad.

– ¿Qué sucede, Ibrahim? –se extrañó el sultán– Te he presentado los votos al uso: ¿por qué te echas a reír mirando a Saad?

– *Efendem*, es porque tú te has dignado bendecirme, sin que yo haya podido consumir aún mi matrimonio.

– ¡Pero bueno! ¿Y por qué no lo has consumado todavía?

– ¿Y cómo demonios podría haber encontrado tiempo para hacerlo? –estalló Ibrahim– Saad no me ha dejado ni un minuto desde el momento en que entré en mi cámara nupcial hasta esta mañana.

– ¡Vamos a ver, Saad! –exclamó el sultán taladrando al culpable con la mirada– ¿Por qué le has jugado esa mala pasada a tu hermano?

– ¡Bueno, y qué! ¿Es que no sabe todo el mundo que somos inseparables? –replicó éste– ¡Y tú, Ibrahim, no merece la pena que montes todo ese número por los cuatro bombones que me comí! ¡Guárdatelos y ojalá que se te atraganten!

Ante estas palabras, una carcajada general sacudió a los allí presentes. Cuando llegó la tarde, e Ibrahim se retiró junto a su esposa, el sultán quiso tener a Saad a su lado, en el pabellón, pero éste ya había desaparecido. Así que, cuando Ibrahim se preparaba para recuperar el tiempo perdido, su primo hizo de nuevo acto de presencia en la cámara nupcial.

– La paz sea con vosotros –pregonó a los cuatro vientos.

– Y que lo sea también contigo –respondió Ibrahim.

– Como verás, he venido a hacerte una visitilla.

– Sí, pero Saad, no olvides que estás a cargo de vigilar el sueño del rey, y si no te encuentra en tu puesto, podría enfadarse contigo.

– ¡Pues mira, que se enfade! ¡y si no le gusta, le presento mi dimisión!

– Vamos, vamos, Saad, ¡eso no se puede hacer! –protestó Ibrahim– ¡No vas a rechazar los favores que te ha concedido el sultán!

– ¡Puede que sí, o puede que no! ¡pero no me pienso mover de aquí! –cortó por lo sano el joven simplón.

– Está bien; haz lo que te dé la gana –suspiró Ibrahim.

Para abreviar: Saad no les dejó solos en toda la noche; a la mañana siguiente se presentaron los dos ante el sultán. La misma situación se reprodujo las tres noches siguientes: Saad no se separaba de Ibrahim ni un minuto, y la cosa llegó a tal extremo, que el sultán decidió tomar cartas en el asunto.

– Escucha –le dijo a Ibrahim–, todo esto no lleva a ninguna parte. Saad es un simple, un pobre de espíritu: yo no puedo castigarle, ni sermonearle. Por otra parte, tampoco puedo dejar que las cosas continúen de este modo, porque como sigamos así tú no vas a consumir jamás tu matrimonio. Lo más prudente sería que yo te desembarazara de mi presencia y partiera para El Cairo, llevándome a Saad. En cuanto a ti, te concederé unas vacaciones para que puedas llevar a buen puerto tu matrimonio, y una vez hayas hecho lo que tienes que hacer, te vienes y te reúnes conmigo.

– ¡Por favor, *efendem!* –protestó cortesmente Ibrahim– Tu partida nos causaría una pena enorme. ¿Por qué tanta prisa? Déjanos tiempo de gozar de tu presencia, que tanto honra a nuestro humilde hogar.

– Que Dios te bendiga, Ibrahim, pero lo que te propongo creo que es lo mejor para los dos. Hace ya mucho tiempo que el trono de El Cairo está vacío. Mi hijo El-Saïd aún no tiene experiencia en los asuntos del Estado, y temo que pueda llegar algún imprevisto durante mi ausencia; ¡que Dios nos preserve de las vicisitudes del destino!

– *Efendem*, estamos a tus órdenes –asintió Ibrahim.

El sultán dio las órdenes necesarias: comenzaron a batir los tambores, llamando a la partida; se desmontaron los pabellones, y los soldados formaron en columnas.

– ¡Ven aquí, Saad! –le llamó el sultán mientras montaba su cabalgadura.

– ¡Yo no me voy sin mi compadre Ibrahim! –protestó Saad.

– No puede ser, Saad –le explicó con paciencia El-Zâher–. He confiado una misión a tu primo, y se reunirá con nosotros cuando la haya realizado.

Como el joven Saad aún seguía resistiéndose, el sultán, harto ya, montó en cólera y ordenó que se lo llevaran *manu militari*. Hecho esto, el ejército se puso en marcha, y, al momento, no quedaba ante la ciudadela ni un gato.

– ¡Por fin, en buena hora! –respiró Ibrahim aliviado– Voy a aprovechar para echarme una siestecita, así esta noche estaré en forma para el ataque.

Y es que el pobre Ibrahim no había pegado ojo desde hacía tres noches, por culpa de las intempestivas visitas de su primo.

De modo que pasó el resto del día durmiendo; llegada la tarde, hizo su oración del ocaso, cenó, luego volvió a rezar, y tras pedir la bendición de su padre, se apresuró a reunirse con su esposa. Pero, justo en ese momento, la puerta se abrió, como golpeada por el viento, y Saad apareció nuevamente.

– ¡Buenas noches, mi compadrito del alma! –le espetó Saad.

– Pero bueno, Saad, ¿qué se te ha perdido aquí? –exclamó Ibrahim– ¿No habías partido con el sultán?

– Pues ya ves ¡me he escapado! –replicó triunfante Saad– Y no se le ha ocurrido otra cosa que mandar a sus caballeros que me siguieran de cerca ¡imagínate, como si pudieran!

– Has cometido un gran error, Saad: ¡seguro que el rey va a montar en cólera contra ti!

– ¡A mí qué me importa eso! ¡Si no está contento, le planto mi dimisión, y ya está!

– ¡Eso no es posible, Saad! Tú no puedes abandonar, así como así, al Comendador de los creyentes. Regresa inmediatamente a su lado.

– Oye, Panza Búfalo, ¿tú lo que quieres es ponerme de patitas en la calle, o qué? ¡No me digas que todavía andas mosqueado por lo de esos malditos bombones! ¡Pues vete a la porra tú y tus bombones! ¡Yo no pienso dejarte ni a sol ni a sombra!

En fin, que Saad no se separó un momento de él durante otros siete días, sin dejarle ni un minuto de reposo. A pesar de las ganas que tenía, Ibrahim no podía aturdirle de un golpe, atarle y arrojarle a un calabozo, por no perder las formas ante los invitados que aún se hallaban en la ciudadela, y, sobre todo, con las gentes de Masyât, hombres y mujeres, que todavía no habían vuelto a sus casas. Al no poder soportar más la tortura que le estaba infligiendo su primo, y no viendo otro medio para desembarazarse de él, acabó concibiendo el deseo de asesinarle. Una mañana, después de tomar un buen desayuno, Ibrahim le lanzó:

– Mira, Saad, esta mañana ando de mal humor, y tengo como una opresión en el pecho. ¿Y si nos fuéramos los dos a una partida de caza?

– Por Dios, compañero, es verdad que hace tiempo que no ha atrapado una perdiz con estas manos, ni forzado a una gacela a intentar vencerme a la carrera. Venga, vámonos a respirar aire fresco.

– De acuerdo, vete a buscar mi caballo de Saljad.

Saad se fue corriendo a traer la montura, Ibrahim saltó sobre su cabalgadura y los dos compañeros se pusieron en camino, alejándose de la ciudadela. Ibrahim iba en silencio, rumiando sombríos pensamientos: “¿Qué vas a hacer, Ibrahim? –se decía para sí– ¿Vas a convertirme en culpable de la muerte de un hombre que es de tu misma sangre? ¡No, Ibrahim, eso no está nada bien! Un hombre digno de ese nombre no debe abandonar el camino del honor para seguir el de los bajos instintos... ¡Sí, pero sea como sea, yo tengo que consumir el matrimonio! ¡Y para eso, tengo que deshacerme de Saad!

Aquí termina el libro X de “Las aventuras de Baïbars”
No disponemos de la continuación de estos relatos por lo
que ignoramos la suerte que correría Saad, pero a buen
seguro que saldría bien parado...



A continuación, un breve resumen de las anteriores
entregas; recordatorio de estos relatos que se fueron
transmitiendo como vox-pop a lo largo de los siglos, por boca
de los narradores árabes...

*“Vida y aventuras del sultán Baïbars:
el esclavo mameluco que llegó a ser rey de Egipto y de Siria”*

VOLÚMENES (I al X)

I - LAS INFANCIAS DE BAÏBARS: “Este hombre, un día se convertirá en rey de Egipto, de Siria y de todos los países del Islam.” Mientras llega ese momento, el joven Mahmud (Baïbars), príncipe infortunado, vendido como mameluco, se verá sometido a mil y una pruebas. Adoptado por una rica viuda de Damasco, se inicia en las artes de la guerra y en los juegos de truhanes. Su gran corazón y su valentía le ayudan en sus primeras aventuras.

II – FLOR DE TRUHANES: En El Cairo, Mahmud -convertido ya en Baïbars- se enfrenta a Flor de Truhanes, siete veces condenado a muerte, y terror de la gente honrada. Baïbars consigue que se arrepienta, y le convierte en su mano derecha. Valeroso, pero bromista, peleón, cabezota y mal hablado; Flor de Truhanes hubiera tenido muy difícil mantenerse en el recto camino, si no hubiera sido por la ayuda de su “hermano” Baïbars. Ambos se emplean a fondo en enmendar entuertos y enderezar los malos hábitos, comenzando por las factorías de azúcar del Bajo Egipto.

III – LOS BAJOS FONDOS DE EL CAIRO: Baïbars continúa ascendiendo en la escala social: jefe de policía, secretario de las demandas... y goza del favor del rey. Pero hay enemigos que le amenazan en la sombra; entre ellos, el infernal monje Yauán. Con la ayuda de Flor de Truhanes, Baïbars ataca la corrupción, a los falsos ciegos y a los verdaderos maleantes, a los fumadores de hachís, y a los proxenetas, a los cadís y a los mafiosos.

IV – LA CABALGADA DE LOS HIJOS DE ISMAIL: Darrâch el Sordo, Dâguer el Cabezota, Asad el-Dîn el Ceñudo, Sulaymán el Búfalo, Nachm el-Dîn el Celoso y unos cuantos más... Insumisos, ladrones de caravanas, acostumbrados a los golpes de mano, estos montañeros saben que su destino está unido al de Baïbars; pero aún les falta por aprender que el mundo está regido por fuerzas terribles, como el *Qutb*, “eje” místico que gobierna en secreto el universo.

V – LA TRAICIÓN DE LOS EMIRES: Cuanto más va ascendiendo Baïbars los escalones del poder, mayor y más fuerte es la hostilidad que crece en torno a él; dispuestos a todas las traiciones para calmar sus rencores, los emires confabulan para entregarle al rey mongol Halawún. Baïbars, asqueado, está a punto de regresar a su país natal para retomar el reino de sus ancestros. ¡Pero ese no es su destino!

VI – ASESINATO EN EL HAMAM: La muerte del rey El-Sâleh abre un período turbulento y de incertidumbre: se desatan las ambiciones, se reavivan los viejos rencores, se hacen y deshacen alianzas a puerta cerrada en el asfixiante ambiente de la Ciudadela de El Cairo, en donde fermentan las pasiones y los odios más devastadores. Unas veces cubierto de honores, y otras proscrito, Baïbars va a necesitar de todo su valor y tenacidad para desenmascarar los complots de sus enemigos y llegar, al fin, al poder supremo... lo que no significa ni mucho menos una sinecura.

VII – PALADÍN DE DONCELLAS: Proclamado sultán de Egipto y de Siria, Baïbars tiene que afrontar nuevos peligros: fanatizados por el monje Yauán, los reinos de la costa siria se rebelan; pululan los aventureros y los bandidos. Conduciendo a su ejército a un ritmo infernal, Baïbars despliega prodigios de valor; pero ¿dará la talla suficiente como para enfrentarse al emperador de Bizancio? ¿Conseguirá Shîha doblegar la testarudez de los ismailíes? Ibrahim, o el Caballero sin Nombre, más conocido ahora como Paladín de Doncellas -una especie de bandolero jovial, cínicamente ávido de ganancias y de una moralidad un tanto dudosa, puede en ocasiones poner su inquebrantable coraje y su hercúlea fuerza al servicio de la justicia y de la inocencia - ¿acabaremos por conocer su verdadera identidad?

VIII – LA REVANCHA DEL MAESTRO DE LAS ARGUCIAS: Después de Baïbars y del Caballero sin Nombre, nuestro Paladín de Doncellas, ahora es Shîha quien ocupa el papel principal, el de protagonista; tejiendo y destejiendo al antojo de sus oscuras estrategias los hilos de una intriga formidablemente compleja. A punto de conseguir la recompensa a su tenacidad y paciencia, el gran artífice Maestro de las Argucias elabora aquí su obra maestra: el descomunal enredo que probará a esos obstinados ismailíes que él, Shîha, es digno de ser su jefe.

IX – JAQUE AL REY DE ROMA: Después de luchar contra los Cruzados, los Bizantinos y los Mongoles, ahora Baïbars se habrá de enfrentar a un adversario aún más temible: ni más, ni menos, que el todopoderoso emperador de los

romanos, Federico II de Hohenstaufen. Se avecina una crisis internacional, que podría abarcar a todo el Mediterráneo. En el origen de este conflicto está, como era previsible, Yauán que, rabioso por el fracaso de todas sus intrigas, juega su última baza en un órdago. Pero no en vano Shîha, jefe de los servicios secretos de Baïbars, es conocido con el sobrenombre de “Maestro de las Argucias” ... ¿La gigantesca operación de intoxicación que monta conseguirá evitar una guerra de resultados inciertos? ¿Logrará abrirle los ojos a Federico, mostrándole la auténtica naturaleza de Yauán?

X – EL JUICIO AL MONJE MALDITO: Una embajada muy peculiar va a llegar a Roma para convencer al emperador Federico de la inutilidad de una guerra ¿lo conseguirán? Al frente de esta embajada está, en apariencia, el emir Edamor, gran amigo de Baïbars, pero será Ibrahim, Paladín de Doncellas, quien tomará el mando real... ¿Consecuencias?: broncas, peleas, muertos, feroces luchas contra el monstruo de la Isla Esmeralda... en fin, Ibrahim en estado puro, con su primo Saad Zancadas de Viento, secundándolo o... agobiándolo. Veremos las aventuras y desventuras de Ibrahim en esta última entrega de la saga de Baïbars.

NOTA DE LA TRADUCTORA

La “Historia y aventuras de Baïbars” la acabé de traducir un 4 de diciembre de 2020, terrible año de la pandemia del virus que asoló el mundo. Fueron tiempos difíciles, pero gracias a este forzado encierro acabé este proyecto; el último, quizá, de mis empeños, antes de que mi memoria, cada vez más frágil, me obligue a la simple y plácida contemplación del “cómo se pasa la vida...”

Solo ruego a mis lectores, si es que los hubiera, que sean comprensivos y disculpen mis libertades al traducir una lengua con tantos registros como la que aparece en esta versión del “Baïbars”. No encontraréis aquí esa literatura árabe culta y clásica, sino el relato popular de historia oídas y trasladadas oralmente de padres a hijos, y de estos, a través de los siglos, a los narradores que, por unas monedas, día tras día, amenizaban las veladas en los cafetines de Siria y de El Cairo hasta finales del s. XIX. Es la voz del pueblo, nada más. Ojalá que paseis tan buenos ratos como yo lo he hecho mientras me reía a carcajadas con cada una de las descomunales aventuras en las que se embarcan los distintos personajes del “Baïbars”. Creo que solo algunas peripecias de don Quijote me han hecho reir tanto.

El “Baïbars” (como yo lo llamo familiarmente) podría encuadrarse dentro de las novelas de caballerías, pero es mucho más que eso: es un relato ágil, irónico, picaresco y con un sentido del humor que echa por tierra cualquier gesto de grandilocuencia caballeresca. Todo en el Baïbars es llevado hasta los extremos; sus diálogos lo asemejan más a un guión cinematográfico de Tarantino, que a una novela, y cuando lo lees, es como si estuvieras viendo una de esas primeras películas de James Bond, con las que el público disfrutaba y se reía estrepitosamente ante las exageradas hazañas de 007; en este caso, interpretadas por el mismísimo Baïbars, o Flor de Truhanes, o Paladín de Doncellas, ya por no hablar del Maestro de las Argucias, o de Yauán, el monje maldito y su condenada alma gemela, Bartacûsh, y, finalmente, del imprevisible Saad Zancadas de Viento...

En fin, solo me queda desearos que disfrutéis de “esta película” y, dadas la fechas, desearos unas navidades saludables y un año 2021 menos bisiesto y siniestro que éste.

¡Salud, amig@s!

En Arriendas, a 4 de diciembre de 2020
Esmeralda de Luis y Martínez

P.D. Dedicado a mi queridísimo Emilio Sola, sin cuyo entusiasmo vital no habría podido terminar este libro.

